

No obstante, Señor San José no dice ni una sola palabra que pueda hacer sospechar aun de lejos, esos grandes prodigios que Dios quiere ver aun rodeados de misterio. Guarda ese precioso depósito con discreción sin ejemplo; y se conforma á esa difícil disciplina del silencio, no solamente durante un mes ó un año, sino durante *treinta años*. en medio de la pobreza, del trabajo y de la persecución, sin procurar sustraerse á los sufrimientos por una revelación prematura del secreto del Eterno. Se conforma con una exactitud tan maravillosa, que ni el momento de la muerte es capaz de abrir sus labios sellados por el sello divino; lleva consigo su secreto al sepulcro, muere como ha vivido, en la humildad de una total oscuridad; y aun después de su muerte, los judíos, ignorantes todavía de la dignidad de Jesucristo, se preguntan unos á otros: ¿No es este ese artesano, hijo de artesano? ¿No es este el Hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? Y sus hermanas, ¿no están entre nosotros? (1)

El silencio, aun cuando no esté acompañado de las circunstancias heroicas que distin-

(1) Marc., VI, y Matth. XIII.

guen el de nuestro Santo Patriarca, el silencio habitual, por sí solo, puede ser considerado como una buena prueba de verdadera humildad. El que se estima á sí mismo, que se cree alguna cosa, y admira su capacidad, su ciencia ó sus virtudes, éste, difícilmente se encerrará en la oscuridad del silencio. Pensará de una manera mas ó menos esplicita, que aquellos que le rodean tienen mucho que aprovechar en sus conversaciones tan útiles y tan amables. Tendrálos por ignorantes; y por consiguiente, se hará como un deber de instruirlos de mil verdades que no conocen todavía. Estará convencido que es mucho mas hábil y mas prudente para resolver las diversas dificultades que el hombre encuentra en el camino de esta vida; y así, no podrá dejar de dirigir y conducir por sus consejos, sus preceptos y sus reprensiones á todos los que quieran oírlos y soportarlos. Continuamente mezclado de esta suerte á los negocios de todos los que le rodean, el hombre vano, el hombre orgulloso, se hará enteramente imposible un silencio que solo conviene á las almas humildes, siempre prontas, no á dar, sino á recibir con gusto, la luz y la dirección de que creen tener necesidad.

Con mucha razón podemos pues decir, que



el larguísimo silencio de Señor San José es gran prueba de la humildad de que su alma estaba llena. Mas ¡cuánto más eficaz y más fuerte viene á ser este argumento, si consideramos que el Santo Patriarca, milagrosamente escogido para ser el Esposo de María, debía poseer toda la luz que conviene al Director de la *Virgen prudentísima!* si consideramos que el Padre de Jesucristo no podía dejar de tener en sí tesoros de ciencia capaces de ilustrar al mundo entero! y en fin, si consideramos que todos estos dones parecían conferir á Señor San José el derecho de hablar como un oráculo, y de dar sus consejos y preceptos á los mas sabios en Israel!

¡Oh! ¡cuán lejos están los hijos de los hombres de imitar esta discreta humildad que encantaba el corazón de Dios! ¿No los vemos, por la mayor parte, tan solícitos en publicar los beneficios que han recibido, ó aun que creen haber recibido de la liberalidad divina? Más de una vez, sin apercibirse siempre claramente de ello, piensen ser para alguna cosa, aun quizá para mucho, en estas cualidades de que son los depositarios; y muchas veces, mientras se dejan engañar por el bello pretexto de ser útiles al adelantamiento de su prójimo, no hacen mas que buscar á si mis-

mos en esa manifestación, diré, casi en esa *ostentación* de los dones divinos. Lo que les falta es la humildad; y el mundo que los engaña y los cedece por sus falsas luces, les hace seguir un camino directamente opuesto al que el Espíritu de Dios indicaba á Señor San José.

Y así, ¿cuáles son los frutos de esas orgullosas expansiones del alma, de esa secreta ambición de la gloria y del aplauso de las criaturas? ¡Ay! á cada instante lo vemos. Los que se complacen como Ezequías, en mostrar á todo el que viene sus riquezas; (1) y los que como David, se complacen en hacer el empadronamiento de sus dominios, (2) son castigados por la justicia divina, y vuelven á quedarse pobres como antes. Jesucristo confió á Señor San José el gran secreto de su presencia en medio del pueblo judío: y Señor San José guarda con religioso respeto el secreto que Jesucristo le confía. Así es que Jesucristo no deja, durante treinta años, el techo feliz que enriqueció con todos sus dones. Mas aquellos que se alaban tan fácilmente de haber concebido á Jesucristo en sus almas,

(1) Is., XXXIX.

(2) Reg., XXIV.



aquellos que se creen autorizados por su presencia, á conducir á todos sus hermanos, á brillar en lo exterior, y á honrarse entre los hombres, esos pronto se aperciben que la presunción les ha hecho perder su gloria, y que Jesucristo los ha dejado y ha despreciado. Porque hoy día, lo mismo que en otro tiempo, nuestro Señor se complace en rodéarse con los espesos velos de la mas profunda oscuridad.

No imitemos esa conducta insensata; vámos mas bien á Señor San José, y roguémosle que nos enseñe el gran secreto de la virtud que tan larga y cuidadosamente ha practicado con gran provecho de su alma y de toda la tierra. Pidámosle de todo nuestro corazón, que se digne exterminar en nosotros ese vicio criminal de la soberbia, para hacernos pequeños en nuestra propia estimación, para disminuirnos y abatirnos á nuestros ojos, y en una palabra, para llenarnos de una verdadera y saludable humildad.

¡Es un gran misterio el de la humildad cristiana! un misterio eternamente incomprensible á todos aquellos que no han recibido plenamente las disposiciones que poseía Señor San José por la comunicación abundantísima del Espíritu de Jesucristo. Pues ¡qué! tener todas las virtudes cristianas, la fé, la espe-

ranza y la caridad, y todos los dones que las acompañan en las almas; poseer la ciencia sagrada, las luces de una oración vasta y poderosa, y el ardor de un celo infatigable; ver á sus piés las multitudes de oyentes ávidos; sentir zumbiar á sus oídos los mil conciertos del aplauso de los hombres; disponer de un gran poder y poner en movimiento, por un gesto, por una palabra, millares de voluntades, como los santos lo han hecho tantas veces; y no obstante, en medio del brillo de todos estos esplendores humanos y divinos, considerarse como un gusano, como un pecador abominable, como el desecho de las criaturas, como el último de los hombres, y como el siervo y el esclavo indignísimo del mas pobre de los cristianos! ¿Quién podría jamás, sin tener plenamente el Espíritu de Dios, comprender algo de los abatimientos de una humildad tan sorprendente y tan contraria á todos los instintos de la naturaleza decaída?

No hay duda que los santos nos han legado sobre este punto grandes ejemplos que nos admiran cuando los encontramos en sus historias. Santo Domingo, este ilustre predicador, que desde su mas tierna infancia no tenía mas que dos pasiones: el amor de Dios y el amor del prójimo, mantenidas en la mas



austera penitencia; Santo Domingo, antes de entrar en una ciudad, se ponía de rodillas rogando á la Divina Majestad no hiciera descender el fuego del cielo sobre la ciudad que él creía manchar con su presencia. Santa Magdalena de Pazzis, esta virgen incomparable, llena de castidad, de penitencia y de oración, decia seriamente á sus hermanas, que temía el ver abrirse la tierra á sus piés para tragarla al instante en los infiernos, en castigo de sus pecados. Santa Catalina de Sena, esta joven admirable que juntaba á la penitencia de los anacoretas el celo ardiente de los Apóstoles, atribuía á sus pecados no solamente las imperfecciones que á veces descubría en sus compañeras, sino también las rebeliones de Florencia contra la autoridad de la Santa Sede, y las desgracias de toda la cristiandad. ¡Qué diferencia entre nuestros pensamientos y los pensamientos de los santos, entre nuestra conducta y la de los santos á quienes el Señor ilustraba tan poderosamente con su gracia! ¡Qué abismo entre la humildad que los penetraba y el orgullo que nos devora! ¿y cómo llegaremos á metamorfosear nuestras almas, para hacerlas semejantes, al menos en algo, á esos ilustres ejemplares que la Iglesia propone á nuestra

imitación cuando autoriza su culto y los coloca sobre los altares?

Recurramos, pues, á Señor San José, á este gran bienechor de toda la familia cristiana, á este humilde perfecto de espíritu y de corazón, que bebió la humildad en su fuente, al lado de Jesucristo y de María, y que no se dejó elevar por los favores mas sublimes. Él sabrá enseñarnos á poseer en silencio todas las gracias naturales y sobrenaturales que la bondad de Dios quiera hacernos; á permanecer ocultos en la oscuridad mas completa, toda nuestra vida sin interrupción, si tales son las disposiciones de la Divina Providencia con respecto á nosotros; á mandar sin orgullo y sin altivez, sino en espíritu de dependencia; viendo en todos aquellos y aquellas que nos rodean, las augustas Personas del Salvador y de su Madre; y en fin, á despreciar como nada todos esos actos de humillaciones voluntarias en comparación de las acciones infinitamente mas perfectas y mas bellas de María y de Jesucristo.

---